

## *Diálogos de injusticia.*

Llevo más de 15 años como periodista, he sido reportero de guerra en tres conflictos: 2ª Guerra del golfo, Siria y Ucrania; siempre me he preocupado por cuestiones sociales y he visto mi profesión como un aporte a la lucha contra la injusticia, pero a veces me encargan trabajos que no me gustan en absoluto.

Nunca me gustó hacer crónicas deportivas, ni hacer reportajes con la línea y contenido prefijado por clientelismo del periódico hacia determinados políticos en puestos de poder. Hacía mínimo 6 años años que no me encargaban ninguna de estas cosas. Cuándo vas cogiendo experiencia y prestigio puedes elegir en lo que quieres trabajar.

A mí me gusta hacer trabajo de campo y escribir como columnista de opinión, pero como ya he dicho, a veces me toca hacer cosas que no me gustan.

Esta era una de esas ocasiones, tenía que ir a entrevistar a Germán, un preso de los llamados *sociales*, es decir, no *políticos*, que llevaba más de 30 años internado. Se había hecho famoso de tanto tiempo que llevaba dentro. No quería el reportaje, pero me lo dieron sin posibilidad de renuncia.

Así que me presenté en la puerta de la cárcel de Soto del Real, en Madrid, con mi grabadora negra, mi cuaderno de notas y muy pocas ganas de hacer el trabajo. Eran las 08:00 de la mañana. Tenía que llegar pronto para solucionar todas las formalidades antes de las 12:00, que era la hora concertada. Ya me habían avisado de que los funcionarios no estaban muy contentos porque nos hubieran dado el permiso e iban a molestar todo lo que pudieran y más.

Así que allí me planté, con mi cara de sueño, mi traje marrón de hacer entrevistas y una camisa que me apretaba por todas partes. Nunca le di mucha importancia a la vestimenta, en mi vida cotidiana siempre iba en vaqueros o en chándal, pero mi jefe me obligaba a ir “bien vestido” a este tipo de trabajos.

Me sentía encorsetado e incómodo para realizar el trabajo, no le veía sentido por ninguna parte, sobre todo teniendo en cuenta que la única imagen de mí que iba a salir en el reportaje era una foto de carnet que poco tenía que ver con cómo iba ahora.

Un funcionario con cara de malas pulgas me dio la bienvenida y me llevó a una salita para esperar a que el jefe de seguridad se reuniera conmigo para realizar las formalidades requeridas para poder realizar mi entrevista con Germán.

Habían pasado mínimo cincuenta minutos, cuando un hombre corpulento, con bigote denso y de unos cincuenta años, se asomó a la puerta de la salita y me dijo que le siguiera. Que poca gana tenía de estar escuchando la perorata que me iba a soltar...

\* \* \*

Resultó ser el jefe de seguridad de la cárcel.

—Buenos días, señor...

— Mendoza, soy Javier Mendoza —dije interrumpiéndole mientras hacía el gesto de darle la mano—. Soy el periodista de *El Mirador*.

—No me gusta ese periódico, es de *progres* antiespañoles —dijo con asco arrugando la nariz.

—Bueno —hice una pausa—. Yo no lo veo así, ni es progre ni es antiespañol, criticamos a todo el mundo por igual.

—Claro, destapando negocios de la gente de bien y favoreciendo a sindicatos.

—Discrepo, somos críticos con todo el mundo —afirmé con el tono más conciliador posible.

—¿Entonces por qué no le hace la entrevista a alguien como yo? ¿O al director? Nosotros podemos contarle la realidad de aquí mejor que nadie. ¿Por qué entrevistar a un criminal que solo produce gasto a todos los españoles? —dijo enfadado golpeando la mesa con la palma de la mano derecha. A saber lo que dice ese criminal de nosotros y del sistema penitenciario.

—Con todos los respetos. Usted no sufre las condiciones en que vive él, usted trabaja y luego se va a su casa a seguir con su vida. Creo que no es comparable. Su visión es más interesante que la suya o la del director.

—¿¡Cómo!? —gritó enfurecido golpeando de nuevo la mesa.

—Mire, yo solo hago mi trabajo, tengo el permiso para entrevistarme con él; así que, si hace usted el favor, me gustaría poder realizar mi trabajo sin que me moleste.

—¡Tenga mucho cuidado con lo que dice! Aquí no nos gustan los listillos —dijo señalándome con el dedo en señal de advertencia mientras se levantaba.

—Acompáñeme y ni se le ocurra molestarme—afirmó sin dejarme hablar—. Ya sabe las reglas, se las dijeron cuándo pidieron los permisos. Si de mí dependiera no estaría aquí. Como se haga el listillo va a tener consecuencias. Le vamos a estar vigilando.

\*

\*

\*

Mientras lo seguía iba pensando en lo estúpido que me parecía, era el típico intento de policía frustrado que no había llegado a ser tal y pagaba su frustración con todo el mundo. Era un acomplejado con una mentalidad reaccionaria y medieval, lo cual no era lo más adecuado para trabajar con gente que vivía una situación tan dura, como aquellos a los que la vida había enviado a la cárcel. Estaba muy claro que la empatía no era el punto fuerte de estos funcionarios de prisiones.

Recorrí largos pasillos y un par de patios amplios hasta llegar al módulo 3 de aislamiento, lo que en jerga de la cárcel se llamaba *el chopano*. Destacaba por estar más separado del resto. Los otros módulos parecían, a pesar de la separación de unos y otros, más cercanos, este se encontraba, valga la redundancia, más aislado y separado que el resto.

Por el camino había visto a presos trabajando, luego me enteré de que a la mayoría no los pagaban nada, y a los que sí, recibían una miseria por un trabajo esclavo de más de 60 horas semanales. Además, era obligatorio si querían que la junta aprobara permisos, el tercer grado o la condicional. Tenían que pasar por el aro.

En ese momento empecé a plantearme lo que luego confirmaría: el sistema penitenciario español es un negocio construido sobre el sufrimiento humano, no existe la reinserción, solo la represión y la explotación económica.

Entramos en el módulo, la seguridad era mayor que en el resto de la cárcel, nada más entrar nos encontramos a un carcelero sonriendo, que en cuanto nos acercamos gritó:

—Ya está aquí el *periolisto* que viene a blanquear a esta escoria.

Ni le contesté, no dije nada. Pude ver rápido que el nivel moral y de inteligencia general de los carceleros era muy similar en todos los casos. Pasé el control de seguridad y me dirigieron a las cabinas en las que los presos podían hablar 15 minutos a través de un cristal con sus familiares cada sábado. En esta ocasión sería conmigo y me habían autorizado para 25 minutos.

Tras unos minutos de espera, por el otro lado de la cabina trajeron a Germán, le conocía por las fotos que me había facilitado mi jefe. Tras sentarse en su lado de la cabina le cerraron con llave.

Me encontré sentado ante un hombre de mediana edad, taciturno, de aspecto cansado; sin embargo, tenía en los ojos un brillo que desentonaba con lo demás, un brillo que mostraba que aún no se había rendido a las dificultades de su vida, que todavía no estaba acabado y seguía luchando por salir adelante. Cogí el teléfono de la cabina con el que nos podíamos comunicar y él, tras unos segundos de espera, hizo lo propio.

\*

\*

\*

—Buenos días German, soy Javier Mendoza del periódico *El Mirador* —dije tras carraspear de forma leve, justo después de poner la grabadora a funcionar y preparar mi cuaderno de notas.

—Son buenas tardes ya. Son más de las doce.

—Lo siento, la culpa ha sido de los carceleros, me han entretenido con sus protocolos y demás —dije con total sinceridad.

—Me alegro que los llame por su nombre, mucha gente los llama funcionarios, pero lo que son creo que no queda reflejado con ese título —afirmó esbozando una leve sonrisa.

—¿Qué tal le han tratado? —dijo antes de que me diera tiempo a contestar.

—Pues la verdad que muy mal, no entiendo cómo pueden tratar así a alguien.

—Ja, ja, ja —rio cambiando su expresión—. Y eso que no es usted un preso indeseable con menos valor que un perro.

—Sí, me han sorprendido para mal, no me imaginaba que la cosa fuera así; además, he visto que es algo general.

—Yo, en todos los años que llevo preso, nunca he conocido a un carcelero que se comportara de otra manera. Cuándo una persona quiere tener esta profesión en un sistema como el que vivimos ya dice mucho de cómo es. Además, aunque haya alguien diferente, por presión de grupo, termina acabando igual.

—No sé yo —dije sin mucho convencimiento, ya que en realidad me lo creía a pie juntillas.

—Me parece que la lección de realidad de hoy le hace creérselo —dijo mientras se reía de forma prolongada.

—¿Cuánto tiempo llevas en la cárcel? —dije para cambiar de tema.

—Llevo en el *talago* desde el año 85. 35 años en prisión. Entré con 16.

—*Hostias* —se me escapó —no recordaba que antes se podía entrar con 16 años en la cárcel en España. Son muchos años, ¿qué hizo?

—Robar, y no me avergüenzo. Pasaba necesidades, mi situación era insostenible y robé en un supermercado —dijo mientras enderezaba la pose —la *pestañi* me pilló en plena huida.

—¿Pero cuantos años te cayeron? —dije con sorpresa.

—Cinco.

—¿Entonces por qué llevas tanto aquí? —pregunté alarmado.

—Me buscaron juicios en la cárcel, una vez que entras no es fácil salir cuando no tienes nada, no conoces a nadie y no tienes ni abogado. En los *módulos de hombres* la *ruina* te busca y te encuentra. Los funcionarios tampoco es que ayuden mucho a que puedas evitar meterte en líos. Le pasa a todo el mundo.

—¿Módulos de hombres? —pregunté.

—Es como se les llama aquí a los módulos conflictivos. —afirmó.

—¿Pero, y los programas de reinserción?

—Los programas de reinserción consisten en que pases por el aro y contribuyas al negocio. Y aun así no te garantizan nada. Al poco de llegar yo hacía ese tipo de trabajo, evitaba problemas e intenté empezar a estudiar. Pero los problemas me los encontré en mi galería, en mi propio *chabolo*. Me intentaron robar con un *pincho*, hubo problemas, me defendí y por ello tuve mi primer juicio dentro de la cárcel. Me cayeron tres años más.

—¿*Chabolo*? —pregunté extrañado. Había leído sobre jerga de la cárcel, pero no recordaba el término.

—Sí, es la celda, en la jerga de la cárcel se le llama así.

—¿Y cómo fue el juicio para que te cayeran tres años más? —le pregunté extrañado. La conversación me estaba interesando como no pensé que llegaría a hacerlo.

—Pues como todos aquí, calculan cuanto es la pena máxima que tiene el supuesto delito y alguien tiene que pagar, al que ellos decidan se le mete la pena —se encogió de hombros y dijo mostrando las manos—. Total, para ellos aquí solo hay delincuentes.

—¿Y cuántos juicios así has tenido?

—En total seis, este que te he dicho y cinco más, todos por problemas con carceleros. Así que imagínate la garantía judicial —dijo con un breve amago de sonrisa falsa, como de resignación.

—Vamos, un juicio pantomima, un montaje de toda la vida.

—Seis montajes —dijo con resignación.

—Te han arruinado la vida, no sé dónde queda la famosa reinserción en la sociedad —dije mirándole a los ojos con una profunda tristeza.

—Mira, te voy a decir las cosas claras. La cárcel es un negocio, aparte de los 70 euros que da el estado por preso y día, ten en cuenta todo el dinero que hacen.

—¿De qué dinero hablas? —pregunté.

—Hablo del dinero que sacan del *peculio* de los presos, de las llamadas de teléfono mediante tarjetas y del trabajo prácticamente esclavo al que obligan a los presos a realizar si quieren obtener ventajas y, por ejemplo, salir antes de cumplir toda la condena. Hablo del tercer grado, de la condicional, etc. Ten en cuenta que tienen el monopolio de la venta y el trabajo en la práctica les sale casi gratis. Un verdadero chollo —dijo de forma acelerada. Se notaba que le ardía en lo más interno de su ser.

—Tienen muy engañada a la gente con el tema de la cárcel.

—Desde luego —afirmó.

De repente sonó un golpe en la cristalera que tenía detrás. El carcelero gracioso de la entrada ahora estaba con rostro serio diciéndome que la entrevista había llegado a su fin, que me fuera despidiendo. Las formas de este tipo me ponían negro. A saber lo que haría con los presos que no tenían forma de defenderse ni denunciar los malos tratos recibidos.

Miré a Germán y empecé a hablar de forma acelerada.

—Germán, tengo doce permisos aprobados para venir a verte, cada semana, para escribir sobre el buen trato que se da a los presos en las cárceles españolas.

—Entonces me temo que no volveremos a vernos —dijo poniendo una mueca triste.

—No, de hecho, todo lo contrario, quiero decir la verdad y ayudarte con tu caso. No publicaré nada hasta que terminen todas las sesiones.

—Hay muchos más temas que debemos hablar. Por ejemplo, el *trapicheo* de drogas, sobre todo el de *pastis y farlopa*; todo con el consentimiento y colaboración de los funcionarios. También deberíamos hablar de cómo es la vida aquí y otras cuestiones. Hay muchas historias que contar.

—Estoy deseoso de escucharlas. Tenemos un convenio y no pueden dar marcha atrás porque sí. Es una oportunidad única —dije elevando la voz.

—Desde luego, para mí lo es —afirmó.

(Nuevos toques en el cristal).

Cogí mi grabadora, guardé mi bolígrafo en el bolsillo, cogí el cuaderno, cerré la tapa, miré a Germán a los ojos y le dije: volveré el próximo sábado amigo. Di la vuelta y salí de la cabina. El asintió con una sonrisa, en esta ocasión sí era sincera.

Los carceleros me estuvieron diciendo tonterías hasta que salí, les ignoré de tal forma que ni me acuerdo de que me dijeron.

Cuándo llegué fuera tuve una sensación que mezclaba rabia, pena y tristeza. Reflexionando mientras volvía a casa me prometí que cumpliría mi palabra con Germán, lo discutiría con mi jefe y le obligaría a cambiar la orientación del reportaje.

El lunes me presenté en el despacho del redactor y se lo expuse a las claras. Al principio se mostró reticente, no por miedo a nada, sino por el esfuerzo que se había hecho para conseguir las autorizaciones a través de actores sociales y presiones políticas. Sabía que cuando se publicara nos iban a vetar y se perdería la oportunidad de poder seguir haciendo cosas del estilo en cualquier centro penitenciario.

Pero en cuanto insistí me dio la razón, por algo éramos uno de los pocos periódicos independientes y críticos que había en España. Pero me puso la condición de que lo expusiera al equipo al completo y que lo decidiéramos entre todos.

Mis compañeros en cuanto expuse los hechos cerraron filas conmigo, estábamos dispuestos a dar la batalla. ¡Qué orgulloso me sentía!

Seguiría con mi plan y al sábado siguiente allí estaría, en la puerta de la cárcel de Soto del Real; o cómo lo llaman los presos ironizando de lo mal que se vive allí, *Soto del Relax*. Estaría haciendo lo que debía hacer como periodista y como persona crítica y concienciada. Pero eso es otra historia y la contaré en otra ocasión.

Roberto Vaquero